

El último de los artículos es el de Amelia García Checa que, enfocado desde la perspectiva de la historia de género, pretende demostrar la importancia que tuvieron las mujeres en el desarrollo del movimiento católico español. En este caso se presta atención al estudio del catolicismo social femenino en Cataluña durante el primer tercio del siglo XX. Como bien expone la autora, durante este periodo la Iglesia adaptó el modelo de mujer católica a las nuevas circunstancias sociales, defendiendo un peculiar «feminismo cristiano», entendido como el concurso de la mujer en las funciones de la vida social, contenido eso sí dentro de sus justos límites, sin salirse de su propia esfera y conforme a las enseñanzas del Evangelio.

En resumen, a través de esta obra colectiva, en cuyas líneas se ha intentado, por una parte, según expresan los propios editores, lograr un equilibrio en el estudio de la confrontación entre dos culturas mutuamente excluyentes, como lo fueron la católica y la laica de la España del primer tercio del siglo XX, que pueda dar lugar a la aparición de numerosas preguntas susceptibles de ser desarrolladas por investigaciones posteriores. Por otra parte, la riqueza de matices que tuvo esa confrontación permite al historiador actual situar su análisis desde una perspectiva lo más global e interdisciplinar posible. De este modo, no es de extrañar que este estudio haya acogido y desarrollado aspectos tan diversos y a la vez tan importantes, desde los que el historiador pueda acometer su trabajo, como son la historia de las ideas, la historia política y de la acción colectiva, la historia del movimiento católico, la historia de la educación, la historia de género o la historia comparada.

**Andrés González Segura**  
*Universidad de Alicante*

**BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar:** *Protesta y supervivencia. Movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla-La Mancha, 1875-1923.* Valencia. Fundación Instituto Historia Social. 2008, 336 pp.

Se trata de una investigación novedosa en el tema, en la zona que estudia y sobre todo en la metodología y en sus interpretaciones. Óscar Bascuñán no hace una historia regional sino que aprovecha el espacio regional y local para desentrañar las claves y mecanismos de la protesta campesina ante los procesos de modernización que le afectan. En este sentido, las provincias de Castilla-La Mancha constituyen un magnífico campo de prueba y de estudio para verificar las formas de rebelión popular contra el poder en sus diversas manifestaciones. Aparentemente son provincias y pueblos silenciosos. Todo lo contrario, estaban silenciados, como comprobamos tras leer esta monografía tan rigurosa y tan bien cimentada en fuentes y datos abrumadores. Además, lo hace en un período especialmente complejo e interesante, a la vez que controvertido historiográficamente. Las décadas de la

Restauración están llenas de inercias historiográficas y por eso una buena investigación como la de Oscar Bascañán obliga a replantearse bastantes cuestionases al respecto. Sobre todo en lo referido a ese silencio, conviene reiterarlo, que parecía ser la norma en unas poblaciones campesinas sometidas al control del respectivo cacique. En este libro, por el contrario, se descifran los constantes actos de malestar y se comprueba cómo incluso las sociedades aparentemente más dóciles albergaban altas dosis de conflictividad social. Así, vaya por delante una primera conclusión que se desprende de este libro: que no fue cierta la desmovilización y apatía de los campesinos por los asuntos públicos o políticos, como se ha repetido sin datos. Y que no protestaban únicamente cuando sentían el dolor de los estómagos vacíos.

En efecto, la historiografía clásica del movimiento obrero había otorgado al desarrollo del sindicalismo y a la toma de conciencia de la clase obrera prácticamente todo el protagonismo de la protesta social. De hecho, las formas que adoptó el conflicto en estas décadas se habían ido a buscar casi exclusivamente a los grandes núcleos urbanos del país, donde la concentración de obreros y asalariados abonaba el terreno para la movilización. Así, como señala el autor, «los contrastes asumidos por una historiografía que separaba la ciudad del campo, determinadas regiones periféricas del interior y las zonas industriales de las agrarias, también se hacía extensible a la dialéctica entre movilización y pasividad». Es cierto que las redes clientelares y el patrocinio caciquil sirvieron de coartada para argumentar esa aparente obediencia del mundo rural sin apenas asomarse a observar otras lógicas del comportamiento social. Los acontecimientos clamorosos que procedían del mundo rural eran poco conocidos y además subestimados historiográficamente. Sin embargo, explicar la conflictividad social en un país de entre siglos en pleno proceso de transformación social –aunque aún mayoritariamente rural y con una numerosa población campesina–, a través del movimiento obrero urbano e industrial, ha generado grandes insatisfacciones en la historiografía de las dos últimas décadas.

En consecuencia, esta obra apunta en una dirección más compleja que recoge metodológicamente las aportaciones de la historiografía social, en sus distintas manifestaciones teóricas. Oscar Bascañán exhibe un dominio del debate historiográfico al respecto y en su obra revela cómo las clases populares de Castilla-La Mancha desarrollaron diferentes estrategias de desorden social, negociación y adaptación al proceso de mercantilización y capitalización en el mundo rural y agrario. Por eso, es constante la reflexión sobre el lugar que ocupó el conflicto en el seno de unas relaciones clientelares, paternalistas y de dominación social. Así es como en esta obra captamos y aprendemos los mecanismos con los que funcionó la «lógica campesina», así como los enfrentamientos sociales desplegados en el seno de estructuras clientelares, sin olvidar el modo en el que los campesinos gestionaron el uso del voto, especialmente tras la aprobación de la Ley de Sufragio Universal masculino de 1890. El minucioso rastreo por el laberinto de expresiones de conflictividad social descubre nuevas dimensiones de las acciones públicas y colectivas protagonizadas por las multitudes y por los trabajadores, en concreto. Destacan sobre

todo las que podrían catalogarse como ilegales porque contienen un significado especial entre la resistencia campesina y la transgresión del orden y la propiedad liberal. El autor aporta un valioso análisis tipológico de la protesta social y destaca la gama de motines de protesta contra el fin de ciertas formas de vida y de recursos. También las nuevas exigencias del estado y la transformación de la organización social tradicional, sin olvidar las huelgas y las manifestaciones coordinadas por un emergente movimiento obrero desde la segunda década del XX.

La obra, no obstante, no concluye con este estudio diacrónico en el que se distinguen los distintos motivos del descontento, sino que también se propone desentrañar las pautas lógicas y racionales por las que transitaban estas expresiones de conflictividad y violencia. Se busca comprender el significado político y alejarlas de aquellos discursos que las tachaban de primitivas, prepolíticas o viscerales. De este modo, ofrece perspectivas innovadoras para el análisis de la conformación de identidades basadas en experiencias de solidaridad, tales como las redes asociativas, los valores compartidos, los nuevos lenguajes y, en general, las culturas políticas que dotaron de organización y recursos informales y formales a la movilización. Fueron respuestas que explican el estallido de una protesta, más allá de las condiciones socio-económicas de los revoltosos. Más que los impulsos del hambre, se desarrollaron unas lógicas políticas y culturales en las que no se puede olvidar el sentimiento de agravio compartido de donde manaron la insubordinación y el quebrantamiento de las leyes que protegían la propiedad y el orden público.

Quizás para concluir, sea adecuado plantear la necesidad de profundizar en las redes de sociabilidad y en el asociacionismo como plataformas a través de las que se fueron forjando diferentes discursos, rituales, símbolos, representaciones, relaciones y prácticas de movilización política y social. Esto permitiría precisar y afinar los contornos de los distintos procesos de construcción de las culturas políticas que fueron conformando las nuevas identidades colectivas, tanto republicanas y obreras como liberales y católicas. En cualquier caso, es una propuesta que se complementa partir de lo investigado por Oscar Bascuñán que, sin duda, ha logrado con esta obra abordar los retos e interrogantes de la historia social, en una sólida trabazón con las enseñanzas de la antropología y la sociología histórica. En conclusión, logra demostrar que incluso las sociedades que se creían más dóciles o silenciosas convivieron con expresiones de agitación y desorden social, y por eso hay que subrayar que la protesta y la conflictividad no surgió por arte de magia en 1931, aunque es cierto que la República abrió las compuertas a todas las libertades y a todas las expectativas amasadas y reprimidas durante décadas. Lo que se desencadenó a partir de 1931 estuvo ampliamente experimentado y fraguado tras las inquietudes y el largo historial de agravios que se analizan en esta investigación.

**Juan Antonio Inarejos Muñoz**  
*Universidad de Castilla-La Mancha*